

Leamos en un colega: «El Sr. D. Tomás Rodríguez Rubi, uno de los últimos ministros de don Isabel II...»

El Centinela del pueblo, del mismo modo que antes lo indicó la Política, pide con insistencia que cese la interinidad en que estamos y vayamos a lo definitivo.

Si no se satisface esta imperiosa necesidad que siente España, si pronto, muy pronto, no reanuda sus tareas las Cortes Constituyentes, para dar a España un Rey, la situación se derrumbará y el primer aniversario de aquella gloriosa revolución que el mundo contempló con extraordinaria admiración...

TERCERA EDICION.

Hoy hemos recibido los siguientes DESPACHOS TELEGRAFICOS: Paris, 2 (á las cuatro de la tarde, comunicando á la agencia con retraso).

de una ú otra de las cámaras. Las sesiones serán públicas. El Cuerpo legislativo tendrá la facultad de elegir sus presidentes y vicepresidentes. Los senadores y diputados tendrán el derecho de interpeleación. El presupuesto será votado por capítulos.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los fondos á los precios siguientes: 3 por 100 francos á 72-80. 4 1/2 por 100 id. á 104.

Se cree completamente falsa la noticia de la aparición de una partida en Cascante. También se ha desmentido por diferentes conductos la aparición de los cuarenta carlistas que salió á perseguir el gobernador de Taragona.

Hoy se ha recibido en Madrid el siguiente DESPACHO TELEGRAFICO: Habana, 3. Sin novedad desde mi último parte. Siguen consiguiéndose grandes ventajas sobre los insurrectos, y el espíritu público es excelente.

Cartas recibidas en Madrid aseguran que Cabrera ha tomado al fin la dirección general de los asuntos carlistas, habiendo sido separada de los consejos de D. Carlos la juventud que hace pocos días rodeaba al pretendiente.

Las ilusiones de los carlistas padecen de intermitencias. Hoy ha sido un día de gran desaliento para sus esperanzas, no obstante su creencia de que en una fecha próxima han de alcanzar no sabemos qué maravillosos resultados.

Hoy en la sesión del Senado, el señor Rouher con motivo de la presentación del «Senatus consulto», ha pronunciado un discurso en el cual ha dicho que ningún soberano ha seguido mas fielmente el movimiento de la opinión pública que el emperador...

En la Bolsa de hoy se han cotizado: El 3 por 100 francos, á 72-80. El 4 1/2 id., á 104.

Anteanoche hubo una pequeña alarma en Abras, caserío distante media legua de la Vega de Rivadeo, producida por unos hombres que salieron á la calle dando gritos subversivos...

La fuerza de voluntarios de Lucena que salieron en persecución de la partida que se suponía había aparecido en aquellos contornos, ha regresado el 30 á dicho pueblo, sin haber encontrado á nadie en el territorio del partido.

Algunos de los individuos que á fines del mes pasado se reunieron en las inmediaciones de Rivadeo con objeto de concertar, segun parece, los medios de allegarse recursos de todas clases para defender á D. Carlos, han sido detenidos y puestos á disposición del juzgado que entiende en la causa.

No solo es cierta la dimisión del señor Crespo, primer secretario de la embajada de París, sino que la ha presentado también el agregado Sr. Silva.

En la provincia de Toledo no hay mas partida carlista que la de los doce hombres, que segun decimos en otro lugar, intenta guardarse en los montes por San Martín de Pusa.

Mañana regresará de la Granja el señor subsecretario de Estado. Son tantas las prisiones que se han hecho en Astorga, que las autoridades han tenido necesidad de habilitar para cárcel el seminario conciliar de aquel punto.

La partida de 230 hombres, que segun se dice se guardaba en las inmediaciones de Navalpino y Alcolea, habrá sido bñtido hoy por las fuerzas del ejército que salieron anoche de Horcajo y otros pueblos.

Entre los diferentes partes de la provincia de Ciudad-Real, sobre facciosos, que todos ellos confirman la poca importancia que ofrecen las partidas por este punto, copiamos el siguiente, referente á una de las facciones mas numerosas. «La columna Tomasetti alcanzó ayer, despues de una marcha forzada, en Fontanarejo á las partidas del llamado general Polo y brigadier Tercero.

ra que les cogieron entre ellos el asta de la bandera que llevaban. «Después de haberse en dirección á Perkuna y Piedrabuena, donde hoy serán batidos probablemente por las columnas de D. José Alonso y don Pedro Guerra.

Nuestro corresponsal en Vich nos dice que el general Baldrich que desde Manresa tomó el mando del ejército de operaciones de la alta montaña, salió el día 24 con dirección á Berga, donde permaneció; desde allí designó los puntos estratégicos de la zona militar que le está señalada y se señalaron las columnas que debían de pasar á ocupar aquellos puntos.

Nuestro corresponsal añade que hoy por hoy no hay facciosos que combatan en la montaña de Cataluña y que si mañana se presentasen se escurrirían contra la sensatez, patriotismo y apoyo que están prontos á prestar todos los partidos liberales, sin distinción de matices.

A la partida carlista de Balazategui, que se dirigía hacia el Norte de la provincia de Palencia la perseguía ayer muy de cerca una columna de cazadores, caballería y guardia civil.

Los doce hombres armados que procedentes de la facción que mandaba el presbítero Duchas, de Alcahon, pasaron ayer de madrugada hacia el Brabo, cerca de Talavera, han retrocedido de nuevo hacia la margen derecha del Tajo, perseguidos por los voluntarios de San Martín de Pusa, Navalmaral y Navalucillos é intentan penetrar en los montes.

A consecuencia de una reclamación del ayuntamiento de Pozuelo de las Torres al señor duque de Fernán-Núñez, conde de Cervellón, para que, como patrono de la capilla que en la iglesia parroquial de dicho pueblo existe en estado de imminente ruina, se sirviese facilitar recursos que permitieran atender á su conservación, dicho señor ha renunciado al patronato que venia disfrutando.

ador arruinado.—vos acabais de ganar en el juego.... —¿Qué os importa? —Yo he perdido. —¿Queréis pedirme algún dinero prestado? —sorrío el conde. —No, ciertamente. —Entonces, buenas noches. Soy vuestro servidor. —Un instante. Vos habeis ganado, yo he perdido. ¿Sabéis por qué? —Probablemente porque tengo suerte y vos no. —¿No es eso? —Pues que es? —He perdido porque me habeis traído la desgracia. —Habrá sido involuntariamente, y lo siento mucho. —¡Oh!... aguardad,—dijo el vizconde,—no he concluido esta mañana he ido á consultar á un somámbulo. —¡Ah!... ¿queréis eso? —Ciertamente. El somámbulo me ha dicho que si os matase tendria suerte; y quiero mataros. El conde se estremeció y miró á su interlocutor. En cualquier otro momento, tal vez, el señor de Asti se hubiera encogido de hombros, dado un empujon al vizconde, y continuado su camino; pero en este momento estaba tan aligido, tan cansado de vivir, tan abandonado á esa desesperación sin nombre, de que hace mención el Dante, que acogió la provocación del vizconde con una sonrisa triste y resignada. —Después de todo,—dijo,—si queréis batiros no tengo buenas razones que oponeros. Tengo tan pocos deseos de vivir como vos!... Y tal vez es la voluntad de arriba que miramos por la espada, nosotros que hablamos pedido á la espada nuestros medios de existancia. Si me matais, otro os matará. —Es posible,—dijo el vizconde,—que no escuchaba ya, y pensaba en un sistema para el treinta y cuarenta. —¿Vuestra hora?—preguntó el señor de Asti. —A las siete de la mañana. —¿En qué sitio? —Dónde queráis. —¿Teneis testigos? —No, pero los buscaré. —¿Pues bien! en Lichtenenthal, detrás del convento. —Convenido,—dijo el jugador. Se saludaron. El vizconde de R... to-

mó el camino de la fonda de Francia, donde paraba. —Caballero,—le dijo el mozo, que aguardaba en el despacho á que hubiesen entrado todos los huéspedes de la casa,—hace un momento que dos amigos vuestros han venido á preguntar por vos. —Yo no tengo amigos,—pensó el vizconde. Y preguntó: —¿Han dejado sus nombres? —Os esperan en vuestro cuarto. El vizconde se dispónia á subir. —Además,—añadió el mozo,—han traído una carta. El vizconde rompió el sobre y se encontró con la letra de treinta mil francos. Los dos pretendidos amigos que le esperaban en su cuarto le eran completamente desconocidos. Eran dos hombres muy bien puestos, vestidos de negro, de treinta á cuarenta años, el rostro moreno, el acento meridional. —Señor vizconde,—dijo uno de ellos,—sabemos que os batís mañana con el conde de Asti, y somos vuestros testigos. El vizconde saludó y no les preguntó de dónde venían, como no habia preguntado á la mujer vestida de hombre por qué quería que el señor de Asti perdiese la voz. —Estaremos á vuestra puerta á las seis en punto con un carruaje,—dijo el otro.—Traeremos espadas. Saludaron y se retiraron. Durante este tiempo, el señor de Asti llamaba en la verja de la casa habitada por el mayor Arleff, y que solo estaba separada de la suya por una medianería. El mayor estaba junto al lecho de Armando. Armando habia recibido una estocada en el hombro, y aquella estocada, un poco vivamente aplicada, á pesar de las instrucciones que habia recibido el marqués, ó el pretendido marqués florentino, habia determinado al pronto en el herido un desmayo. Pero el mayor Arleff, como ya se acordarán nuestros lectores, tenia conocimientos en cirugía, y con la misma seguridad de golpe de vista que le habia hecho juzgar mortal la herida del capitán Hector Lemblin, pronosticó que el jóven estaria de pie al cabo de ocho días.

Cuando llegó el señor de Asti, el mayor estaba sentado á la cabecera de Armando, Armando, que no tenia sino una ligera fiebre, habia con cierta alegría. —Buenas noches, conde,—dijo el mayor,—sois muy amable en venir á ver á vuestro ahijado. El conde se dejó cojer la mano por el mayor y saludó á Armando. —¿Cómo os encontráis?—le preguntó con una voz que se esforzó, sin poderlo conseguir, en hacer afectuosa. —Mejor, caballero, mucho mejor. —¿Sufrís? —Casi nada. El conde se sonrió amargamente. —¿Creeo que vengo á haceros una visita de despedida. —¿Cómo! ¿os marcháis? —La señora de Asti y yo pensábamos dejar á Baden mañana por la noche. —¿Para volver á París? —Sí, pero la suerte podria bien decidir otra cosa. —¿Qué queréis decir, conde? —Que vos os habeis batido hoy, y que yo me bato mañana. —¡Vos!—dijo el mayor con un asombro perfectamente simulado. —Yo, señor conde. —¿Y con quién? ¿A propósito de qué? —Con un jugador desgraciado, el vizconde de R... á quien mi suerte en el juego ha contrariado. —Eso es absurdo, querido amigo. —Lo mismo me hubiera parecido esta mañana; pero esta noche, estaba exaltado, tenia algo de calentura, he aceptado la proposición que me habia el vizconde de rompernos el bautismo mañana por la mañana. Ahora adivináis el objeto de mi visita. —Será vuestro testigo,—dijo el mayor. —Pero nuestro jóven amigo me parece fuera de estado de seguirnos. —Eso es lo que á mi me parece. —Y si no teneis nadie á mano... —A nadie absolutamente. —Yo tengo lo que os hace falta, mi querido conde. En la fonda de Inglaterra hay un viejo capitán alemán que ha servido á las órdenes de Napoleon y á quien voy á avisar. Estará encantado de haceros ese servicio. —Perfectamente,—dijo el conde. —¿Dónde es la cita? —En Lichtenenthal, detrás del convento. —¿A qué hora? —A las siete de la mañana.

—A las seis estaremos en vuestra casa. El señor de Asti habia todavía algunos minutos con el herido y su enfermero luego se retiró y volvió á su casa. —¿Cómo está la señora?—preguntó á la doncella de la condesa. —La señora acaba de acostarse; tiene bastante calentura. La vispera todavía, el señor de Asti hubiese subido al cuarto de su mujer sin titubear aun cuando por decirlo así, le estuviese prohibida la entrada. Pero, despues del escándalo que habia tenido lugar entre ella y él por la mañana, no se atrevió y fué á encerrarse en su cuarto. Cuando el señor de Asti hubo dejado la cabecera del herido y hubiido acompañado por el mayor hasta la verja exterior, se abrió una puerta en el cuarto de Armando. La Dama del guante negro se presentó. Se sentó junto á él, tomó su mano entre las suyas y le dijo: —¿Cómo estais esta noche, amigo? Su voz era cariñosa y dulce é hizo estremecer al herido. —Cuando os veo,—contestó,—no sufro nada, absolutamente nada... Además, esto no es mas que un arañazo. —Decid que vuestro adversario es un zopenco que ha traspasado mis órdenes. Por poco os mata, el imbécil. Una sonrisa encantadora aseme á los labios del jóven loco: —¡Y eso qué! ¿hubiera muerto por vos? Ella le estrechó la mano convulsivamente. —Sois un niño,—dijo,—un niño noble y loco, á quien yo recompensaré un día por el desinterés que me muestra... pero entretanto, es preciso vivir, y vivir para ser amado de la condesa. Estas palabras hicieron estremecer y palidecer á Armando: —¿Ah! ¿no es eso bastante?—dijo. —No. —¿Qué es preciso todavía? —Es preciso que ella os ame... es preciso... La Dama del guante negro pareció titubear: —Pero no,—replicó por fin,—¿para qué? ¿para qué iniciaros de antemano en los misterios de vuestro papel? Tal vez os faltaria el valor. —¿Tan odioso es ese papel?—preguntó titublando. —No, pero es menester amarme mucho para llegar al fin. —¿Oh! yo os amo...—replicó con el en-

